

Arturo Mori  
Ante un homenaje: Blasco, el Argonauta  
(*El País*, 9-9-1920)

Blasco Ibáñez, el escritor prodigioso, que un día despejado, de mar azul y tranquilo, dejó las arrulladoras playas levantinas para llevar a las Indias los tornasoles de su espíritu de poeta y de conquistador, como nuevo Argonauta que va tras de la gloria y el dinero; pero limpia de dudas la conciencia, con un sello majestuoso de hombría de bien, de hidalga entereza, será, dentro de pocos días en Valencia, objeto de un homenaje solemne.

Hoy es Blasco Ibáñez uno de los grandes escritores de raza, el que mejor resume las realidades y los anhelos de la España latina, de esa España romántica y productora, al mismo tiempo que se vacía pomposamente en el Mediterráneo. Por eso el homenaje que les rinden los valencianos ahora, no es más que un reflejo del entusiasmo, de la gratitud que por él sentimos todos los españoles de buen corazón.

Francia, durante la guerra, ha visto en Blasco al representante único de nuestros cariños aliadófilos. América le ha recibido como a una figura sorprendente del Renacimiento. Valencia, su madre, le abraza por todos aquellos que lloraron sobre sus libros con lágrimas de apasionada ternura.

A la plaza de la Reina, de Valencia, se le llamará plaza de Blasco Ibáñez. Será como un cambio de espíritu, como una valiente rectificación de conducta, como un nuevo alejamiento de prejuicios históricos.

Y nada tan merecido. Porque sobre Blasco Ibáñez no hay en la vida de Valencia persona ni cosa conocidas. Con ser grande Sorolla, es Blasco mejor pintor de paisajes y de mujeres. En la huerta ha encontrado a sus modelos, sorprendiéndolos a todas horas, con luz del sol, encendidos por los arreboles de la tarde, en el crepúsculo, cuando la noche convierte los campos fecundos y generosos en grandes sombras de misterio, con las primeras brisas del día, al son, de las briosas canciones mañaneras... ¡Pintor español, fogoso, con rasgos de grandeza castellana y minuciosidades moras, que ha hecho de los mismos pecados del amor un sacramento!

\*\*\*

Nadie ha regateado en Valencia su concurso al homenaje, nadie se ha atrevido a ponerle peros ni a restarle entusiasmo. Y es que aquel pueblo, radiante de poesía, teme que algún día pueda decirsele que fue un tanto desdeñoso con el autor de *La barraca*, y, rompiendo con la añeja costumbre, quiere honrarle antes y no después de la muerte.

Cuanto se hubiera hecho en honor de Pérez Galdós habría sido poco. Cuanto se haga por Blasco Ibáñez ha de parecer, a la posteridad, una merecida prueba de cariño.

¡Ahí es nada! Vivir en hermanazgo de paisanaje o unidos por las bienandanzas y sinsabores de la patria con un escritor que ha recorrido triunfalmente la América en nombre de España y que ha podido ser en nuestro país el árbitro de la amistad franco española.

El homenaje de Valencia es un gesto familiar, honrado. Pero, contando con la presencia de Blasco, hoy más necesaria que nunca, en Valencia, ¿no es cierto, valencianos, que el homenaje debiera ser algo así como una consagración pagana, como un histórico desbordamiento del amor colectivo?

El primer homenaje a Blasco se le ofreció en la playa de la bella ciudad mediterránea. El ilustre novelista, encaramado en el palo mayor de una barca a la que se llamó *Flor de mayo*, para despertar la virtud de la evocación, dirigió la palabra a la multitud. Hubiérase dicho que hasta el mar enmudecía para escucharle. Luego, las masas le llevaron en triunfo a la ciudad.

Pero eso es poco para ahora. Bien está lo del cambio de nombre de la plaza de la Reina por el de Blasco, bien la lápida que en la casa donde nació el autor de *La catedral* ha de descubrirse. Bien todo eso hallándose fuera de España Blasco Ibáñez. Mas, con él otra vez sobre la linda costa latina, ¡qué sacrificio, qué entusiasmo, qué solemnidad habrían de parecer pequeños!

Esta es la hora de los literatos, de los poetas. Cuando el romanticismo deformaba los espíritus, embotaba el mismo sentido de la realidad, pedíamos proporciones griegas, claridad, realismo tonificador. Ahora, en plena lucha de clases, en medio de nuestras espantosas y sangrantes realidades, cuando los grandes señores se revuelcan entre el fango de todos los egoísmos y el pueblo que trabaja lucha por su felicidad económica a brazo partido, es cuando más falta hace la poesía. ¡Vengan los versos alentadores, las grandes novelas; vengan nuestros escritores y nuestros artistas a presidir la lucha; ábrase el cielo por alguna parte!

\*\*\*

Quisiéramos para Blasco, el Argonauta, una fiesta exaltadora de la libertad en Valencia. Blasco es, después de Galdós, el novelista más representativo de las ideas liberales, que empezó sus campañas literarias, al par que sus luchas políticas, como republicano, y ensalzó la barricada y expuso su vida en las calles y lanzó vivas subversivos delante de la Guardia civil.

Quisiéramos que, a manera de pleitesía provenzal, todos los escritores valencianos desfilasen por delante de él y le aclamaran.

Quisiéramos que una mujer, que una ensoñadora paisana suya, por todas las mujeres de Valencia, llevara a sus labios, en un beso que se oyese desde cualquier rincón de España, todo el zumo huertano de sus encantos, toda la bondad de su alma, todo su ingenio levantino. ¡Armonía de frutos en sazón, florecimiento espléndido de gratitudes femeninas!

Quisiéramos...

Ante esos hombres se puede hablar en tonos levantados y suenan bien la historia, la política y la poesía.

Perdón. Ya terminamos. Cuando se pasa la vida manejando por fuerza la ironía, hablando de pequeñeces, sosteniendo luchas fatigosas, es un consuelo internarse por esas dulcísimas veredas. Parece que respira uno mejor.